

¿Qué aporta la exhortación apostólica del Papa sobre la ALEGRÍA EN EL AMOR?

Amoris Laetitia, presentada por Francisco en abril pasado, ha generado interés por las perspectivas pastorales que ofrecen sus reflexiones sobre la familia y el matrimonio, así como su acercamiento a temas habitualmente poco tratados de manera oficial por la Iglesia católica. Entre ellos, figura el del acceso a los sacramentos religiosos por parte de los divorciados vueltos a casar y las muy diversas configuraciones que pueden darse hoy en los grupos familiares.

Dos teólogos se manifestaron, a raíz de una solicitud de *Mensaje*, respecto de qué elementos de ese documento papal les llamaron más poderosamente la atención.

“ESCUCHA EXPERIENCIAS DE HOMBRES Y MUJERES”



Claudia Leal

Teóloga, P. Universidad Católica de Chile.

Antes de referirme a los aportes de la Exhortación, permítanme una primera e inmediata reacción. Me frustra que el Papa use la expresión “ideología de género” y no “teoría de género”. Me pregunto la razón de esto y también sobre qué fuerzas argumentativas hay en esta toma de posición que mantiene la miopía epistemológica que durante años ha sufrido una buena parte de la reflexión eclesial sobre el tema. Si el pensamiento católico se sirve hoy con tanta holgura y

comodidad de disciplinas tales como la psicología, la sociología, la biología, etc., resulta a estas alturas casi curiosa la dificultad para asumir este conocimiento tan fundamental de las Ciencias Sociales. No tengo la respuesta a esta pregunta, pero aventuro una hipótesis parcial: mientras en el mundo católico no hayamos dado por concluidas ciertas batallas legislativas —pienso en lo que se refiere a proyectos de ley relativos a aborto, eutanasia, testamento biológico, matrimonio igualitario, derechos y deberes de filiación, violencia de género, etc., que todavía en Latinoamérica, el lugar de origen de Francisco, son terrenos disputados— nuestra Iglesia no tendrá la altura de miras suficiente para usar con confianza elementos que la teoría de género pone a su disposición para ir en búsqueda de nuevas dimensiones del anuncio evangélico. Paciencia.

Ahora sí puedo hablar de la alegría que representa *Amoris Laetitia* para mí. Una buena noticia, en mi opinión, es una incipiente confianza que el texto postula en las Iglesias locales; en sus pastores, sus comunidades, y en último término, en la conciencia de cada creyente que sería y honestamente busca la verdad. No puedo leer de otra manera todas y cada una de las afirmaciones sobre la incorporación en la comunidad cristiana de los divorciados vueltos a casar. Me agrada, por lo demás, que esas afirmaciones den origen a tareas que tendremos que asumir desde nuestros diversos modos de pertenencia y roles al interior de la comunidad. Esta confianza en el juicio

espiritual y moral de los creyentes singulares no es sino un imperativo para nuestra forma de vivir la fe, confirmada a lo largo de la Tradición y expuesta de manera muy bella en el Vaticano II (*Gaudium et Spes* 16).

Por otra parte, me da esperanza y tranquilidad ver que el lenguaje de la Exhortación intenta no esconder detrás de un horizonte trascendente e idealizado las complejidades del amor humano. En efecto, nunca antes vi en un documento esfuerzos tan explícitos ni expresiones tan claras para intentar describir la ambigüedad de la experiencia afectiva, su gradualidad, su danza perpetua de avances y retrocesos. Todavía falta mucho, pero el esfuerzo por escuchar las experiencias de hombres y mujeres que han construido en primera persona historias de amor — de pareja y de familia— comienza a dejarse sentir en una narración doctrinal que, sin dejar de ser normativa, quiere apostar tímidamente por la sabiduría de la humildad y la escucha.

“LA VERDAD EN LA VIVENCIA DE LA FE”

Marcelo Correa

Decano de la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosóficas, Universidad Católica del Maule.

La exhortación es un texto muy particular, que refleja muy bien a su autor y la realidad de la Iglesia hoy. Es un texto intenso y extenso sobre la familia, que busca asumir de modo abierto las temáticas involucradas en torno a la familia y las distintas posturas que ellas generan en los creyentes y los pastores. Ello, con la finalidad de dar a la Iglesia universal una palabra verdadera y misericordiosa, al mismo tiempo que equilibrada y honesta, que se encargue de las diversas situaciones que la familia atraviesa hoy en el mundo. Expone la doctrina de la Iglesia, a la vez que asume las problemáticas más controversiales, siempre con un criterio ético y proyección pastoral. Sin embargo, advierte que no se debe esperar que el magisterio responda a todas las discusio-



nes doctrinales, morales y pastorales (AL 3) por lo que tan solo enuncia o deja sin resolver variadas cuestiones. Más bien, guiados por el Espíritu Santo llama a la comunidad eclesial a discernir en conciencia cuál es la mayor verdad y bondad posible de realizar en el cotidiano vivir.

En ese difícil contexto, donde el Papa reconoce que al interior de la Iglesia se dan posturas extremas y excluyentes entre sí, nos propone abordar la realidad de la familia desde un criterio primordialmente pastoral, asumiendo las circunstancias en que ella vive hoy en día. El criterio pastoral consiste en hacer propia una actitud misericordiosa e integradora que permita acoger a las familias en la Iglesia para que estas realicen una vida feliz y fecunda (296ss).

Partiendo de esta comprensión de la exhortación del Papa, quiero señalar lo que considero es el aporte más interesante que hace desde la teología moral. Asume una antigua problemática en la teología: ¿la verdad de la fe está en los ideales que anuncia o en la vivencia de la fe? Su respuesta la basa en la tradición de la Iglesia y la expresa en la voz teológica más reconocidas en ella, en los postulados de santo Tomás de Aquino (304). En su respuesta señala con claridad que no debemos renunciar a anunciar los ideales presentados por Jesús pero, al mismo

tiempo, nos recuerda que debemos hacerlo al modo de Jesús, es decir, entrando en contacto con la existencia concreta de los otros y reconociendo la fuerza del amor, amor que Francisco caracteriza en la ternura (308).

En ese contacto con los otros nos encontramos con la vida de cada persona y de sus familias tal como estas son, con sus virtudes y defectos, gracias y pecados. Pues solo involucrados en sus realidades podremos invitarlos a continuar el proceso de conversión a Jesucristo, asumiendo y discerniendo las problemáticas que surgen durante el proceso creyente en el desarrollo cotidiano de la vida familiar.

Vista así la fe, la doctrina y su vivencia dejan de comprenderse como dos polos antagónicos o excluyentes y pasan a ser guía y posibilidad de una auténtica experiencia salvadora del Dios de Jesucristo.

En síntesis, en este documento el Papa asume la tradición más propia de la Iglesia para referirse a una institución fundamental de la Iglesia y de la sociedad, como es la familia. Lo particular del texto está en que se hace eco del diálogo y del trabajo de discernimiento eclesial que viene realizando la Iglesia universal y que se recoge en el sínodo de la familia recientemente finalizado. Reflejo de esta universalidad son las numerosas citas de diferentes conferencias episcopales a través del mundo y de las diversas temáticas que aborda o enuncia. De igual modo, un signo de que el Papa asume una realidad social que trasciende a la Iglesia es el uso de una diversa bibliografía que aporta a la comprensión de la realidad de la Familia. Por ejemplo cita a un filósofo de otra confesionalidad, como es Erich Fromm o transcribe un poema de Mario Benedetti para expresa el amor fecundo de los esposos. Con ello, nos está diciendo, como señala la *Gaudium et Spes*, que la verdad no sólo está en la Iglesia sino también en aquello que llamamos “el mundo”, pues ahí está padeciendo Jesucristo en el rostro de los hombres y mujeres, de los niños y los ancianos, de los jóvenes y los adultos que configuran la familia humana que Dios encarna para salvar. **MSJ**